

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.



Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas Modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó

de Crochet. Precio de la suscripción 7 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO. = *La elegancia.* = *Noticia para las que quieran casarse.* = *El canto de los heléños, novela traducida por D. Eugenio de Ochoa.* = *Correspondencia.* = *Geroglífico.*

LA ELEGANCIA.

¡Qué elegante va esa joven!

Esto se decía en un corrillo de gallos tiernos y de pollos de la última cría, al ver pasar por la inmediata acera á una linda pollita que andando sobre las puntas de los piés, prudentemente recogidas con ambas manos las faldas, y con el oído atento, si bien con cara como de quien nada de aquello oía, iba acompañada de una señora algo madura, la cual debia de ser por las señas su mamá ó su tia.

¿Pero que es lo que llevaba puesto la joven para merecer la unánime aprobacion de aquel corrillo?

Llevaba ante todo un enorme zahumador prendido á la cintura, y sobre él cuatro almidonadas y ruidosas enaguas, de las cuales la mas esterna estaba primorosa y ricamente bordada. Llevaba sobre todo esto un lindo traje de seda, y tan largo que cuando le dejaba caer á su amor ahorrabá la mitad del trabajo á los burros de la basura, puesto que con la orla de su falda barria cuanto lodo, trapos viejos, cáscaras de nueces, mondaduras de camuesa y tronchos de coles iba encontrando por el camino. Por eso y por lucir las enaguas blancas solia, segun hemos dicho, llevar recogido el traje, como gábía á la que cogen rizos; pero si al cabo iba recogido, ¿por qué no llevar-

lo mas corto desde luego? A eso es muy fácil responder. En efecto, precisamente en el respinguito está una no leve parte de la elegancia, y entra en el estudio de llevar un traje el saber poner las manos de cierta manera para que el color del guante luzca sobre el del fondo de la tela, y el tomar un término medio tal que no se descubra de la enagua una línea mas de aquello que la moda ha establecido.

Sobre esta ambulante campana se descubria un monillo con mangas *crevés* á lo Luis trece figurando un farolon de rosario, y por encima de todo esto una graciosa carita un poco ladeada, y un pequeñísimo sombrero de paja de arroz brotando por todos sus poros encajes, cintas y flores. ¡Oh! aquello era una maravilla de elegancia y de buen gusto.

Nosotros damos todo esto de barato. El corrillo tuvo razon cumplida al admirar á la pollita elegante de 1857. Pero solo quisiéramos trasladarnos con el pensamiento cosa de un par de docenas de años atrás; y observar á otro corrillo en iguales condiciones, menos la de la fecha.

Estamos, verbigracia, en un baile, y á la puerta del salon se apiñan unos cuantos dandys, todos de medias de seda y zapatito corto, puesto que entonces se hubiera tenido por delito de lesa etiqueta el presentarse en un baile con botas. Estos tales llevan frac de cortos faldones, manga con abultadísimas hombreras de algodón, que haciéndo á aquellas muy anchas y salientes por la pegadura, disminuían poco á poco hasta terminar en una boca manga estrecha y casi ajustada al puño. Largo chaleco, enor-



me corbata blanca envuelta en una almohadilla de ocho dedos de altura y que subía hasta las orejas, cubriendo el resto de estas el cuello de la camisa. Esta corbata se anudaba por un lazo pequeño, cuyas puntas parecían en el tamaño y en la tiesura dos orejas de gato.

Tal era entonces la elegancia masculina mas suprema. No se parecia ciertamente á la de hoy, y sin embargo era elegancia tambien.

Nuestros jóvenes de entonces están, como ibamos diciendo, á la puerta del salon para gozar de las primeras impresiones del baile, para poder ver una á una á las que eran á la sazón tipos de la moda, para ase-diarlas al paso pidiéndoles rigodones ó walses.

Asoma en esto una cualquiera de tantas; se apea del coche; deja en el patio su capa de ratina con capucha; ya está aquí. Describámosla.

Zapato blanco con cintas. ¡Se vé el pié! ¡Qué horror! Hoy es indispensable suponer que no los tienen las elegantes, como en tiempo de Moreto se suponía que no tenían piernas, segun aquello que decia en *El desden con el desden*:

—„No tienen piernas las damas.

—Pues por esa razon mesma digo yo que te las traigan.”

Quedamos pues en que entonces no habia inconveniente en tener piés. Un guardaidem y unas simples enaguas blancas bastaban para la armazon del traje, que era harto mas corto de talle y de harto menos vuelo que ahora. El miriñaque existia ya; pero no en la falda sino en las mangas, que eran monstruosamente desarrolladas hacia el hombro, siendo fama que alguna señorita en sus viajes hacia de ellas una especie de apéndice al cofre, á términos de llevar cómodamente dentro de aquella enorme cavidad hasta sus zapatos. El peinado era lo que mas singularizaba á la moda de aquella época. El cabello se ataba todo él en lo mas alto de la cabeza, donde estaba colocada una armazon de alambre formando tres distintas porciones que se separaban

desde su arranque mismo, y que por su semejanza con los tres haces de rayos que se colocan en las imágenes sagradas se las llamaba en el lenguaje artístico de los peluqueros las tres potencias. La altura, en las menos exageradas, no bajaba nunca de una cuarta. Sobre esta jaula se estendia el cabello, atándose en la parte estrecha ó cuello de aquel promontorio con una ancha cinta. No hay que decir que semejante balumba se adornaba con flores y lazos, como si ella no fuese ya por sí lo muy bastante para abrumar la mas firme cabeza.

¡Qué elegante! ¡Qué gusto para vestir! esclamaban entonces los pollos de corbata de almohadon, al ver pasar una pollita ataviada y aderezada segun nosotros acabamos de describirla, y segun puede cualquiera verla consultando los figurines de aquel tiempo. Ahora diriamos: ¡Qué mamarrachos! ¡Qué mangas tan absurdas! ¡Qué peinados tan ridículos!

Pues si de aquí diéramos otro salto tal en sentido retrógrado, y nos topásemos con las sayas de alepin de cachucha, llamadas de medio paso porque no prestaba el vuelo para un paso entero, y esta á la media pantorrilla esclusive, y en cuyo falso se cosian además tiras de lienzo llenas de perdigones ó de balas de fusil aplastadas para hacer caer el traje hasta donde diese de sí la resistencia de la tela; si viésemos una de aquellas curratacas con el talle debajo del brazo, con sus mangas ajustadas de tres dedos, con sus zapatos encarnados ó celestes y con su peinado de nene ó de caramba; si viéramos todo esto, repetimos, ¿no esclamaríamos á una voz: ¡Y ha habido mujeres que hayan tenido la poca aprension de vestir así! ¡Ha habido hombres de tan mal gusto que las hayan llamado elegantes?

La verdad es que estas y aquellas y las otras y todas, fueron elegantes en sus tiempos, porque todas vestian con arreglo á la moda de sus épocas. Y no se nos arguya diciendo que lo que es feo no puede ser nunca elegante, porque á eso les diremos á los tales que las mujeres en todos los siglos han parecido bien á los hombres. El secreto de la elegancia, tal como se concibe aho-

ra, como se concebía antes, y como se concebirá siempre, está en ellas y no mas que en ellas.

Ahora, si se nos dice que la elegancia debe consistir en el buen gusto, y además se nos añade que el buen gusto no es una cosa arbitraria, sino que tiene su porqué, les responderemos que les sobra razon, y que por eso son ridículos los fraques y los sombreros de copa alta, por mas que la costumbre de verlos haya embotado en nosotros el sentimiento de su fealdad.

Lo propio decimos respecto al bello sexo. Si juzgásemos sus modas con relacion al buen gusto, veríamos que en casi todas las épocas se ha faltado á él en mas ó en menos. Por eso cuando ha cesado el reinado de cada una de aquellas, rara vez dejamos de exclamar: ¡Ridiculez! ¡Cosas de antaño!

FRANCISCO FLORES ARENAS.

NOTICIA PARA LAS QUE QUIERAN CASARSE.

Dice un periódico que en la tierra de Van-Diemen son en el dia las mujeres tan buscadas, que á las que aportan por allí se les hacen proposiciones con la bocina, antes de haberse acercado á la costa el buque que las lleva.

No sucede ciertamente lo mismo por acá. Por el contrario, aquí á la mayor parte de los hombres, aunque los llamen con bocina y aunque les peguen con ella en la cabeza, no hay quien los haga casarse.

Debemos hacer una advertencia importante, y es que en aquel pais no hay sino una mujer por cada ocho hombres. Se puede escoger. Animo pues, y á Van-Diemen.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

EL CANTO DE LOS HELENOS.

NOVELA TRADUCIDA DEL FRANCÉS

POR

DON EUGENIO DE OCHOA.

(CONTINUACION.)

Apenas hará diez años que estaba empeñada en casarme con un viejo general inglés que á

poco se murió de un arrebató de ira en las aguas de Bourbonne, y que viajaba siempre entre su loro y su médico. Adivina á qué ha venido hoy; pues ha venido nada menos que á ofrecirme para tí la mano del príncipe Micaelis:—ahora bien, hija mia, el príncipe es guapísimo, convengo en ello, pero no tengo ganas de enviarte á que te mueras de hambre en Grecia, pues parece que no posee casi nada,—acaso algunas ruinas,—por único patrimonio, ó algunos ahorros que le permiten usar coche de alquiler y guantes blancos. Es poco para dos.

—Querida abuelita, exclamé fuera de mí, con eso me basta; déjeme Vd. ser feliz!

La idea de un amorío entablado sin su noticia llenó á mi abuela de sorpresa é indignacion.

—Cómo! me dijo, ¿con que me estabas engañando? Mientras que no pensaba mas que en proporcionarte diversiones, tú disponias de tí misma abusando de mi confianza y riéndote, sin duda, de mi buena fé?

En vano me defendí con calor; mi abuela enfurecida no quiso escucharme. Por primera vez de mi vida la habia ofendido profundamente.

—Razon tenia tu tia en censurar mi excesiva indulgencia contigo, hartó lo conozco ahora.

Todo pues conspiraba contra mí, hasta el amor propio de aquella segunda madre, que en su injusta irritacion no consideró que acaso era ella la principal culpable, pues á ella y no á mí era á quien le tocaba haber previsto el peligro con tiempo.

Oh! cómo me affligí entonces, Blanca! cuán dura, cuán imposible de soportar me pareció la vida! Pobre niña mimada, jamás habia aprendido á padecer ni á someterme. Sin valor, sin fuerzas contra la desgracia, no quise salir de mi cuarto ni probar bocado; pasaba las noches sin dormir y los dias sin descanso. Semejante situacion comprometia gravemente mi salud, ya algo quebrantada por las fatigas y las emociones del invierno. La calentura inflamó mi sangre; pasé una peligrosa enfermedad, durante la cual no se apartaron de junto á mi cabecera mi abuela y mi tia, que pálidas, inquietas, hablándose continuamente al oído, me presentaban bebidas amargas por todo bien.... ¡Ah! ¿por qué una madre vigilante, una tierna hermana no vinieron á enseñarme la senda bendita de la resignacion y de la paz?

Pronto me ví rodeada de los primeros médicos de Paris: la homeopatía disputó mi curacion á la antigua facultad. Lo que con mas empeño me prescribian todos era la calma.

Mi abuela, desesperada, recordaba el prematuro fin de mi pobre madre, á quien quitó la vida el dolor de haber perdido á mi padre, y tuvo miedo. Los médicos insistían porque se me satisficiesen mis menores caprichos: su receta se reducía á que fuese feliz.

Un día mi abuela entró en mi cuarto y me abrazó mas cariñosamente que de costumbre. Yo estaba como insensible á todo.

Hija mia, me dijo, date prisa á ponerte buena; estoy resuelta á comprar tu restablecimiento al precio que quieras.—Los facultativos hablan de enviarte á los Pirineos, pero yo creo que lo que necesitas para reponerte del todo es tomar los aires de Aténas.... Luego añadió muy conmovida:—Sé feliz á tu modo, querida mia, y cúmplase la voluntad de Dios!

Como un prisionero á quien abren de pronto las puertas de su cárcel y se encuentra deslumbrado por la súbita luz que la invade, yo me sentí á punto de perder el juicio. A mi lado ví un ramillete de violetas y camelias,—yo no sabia lo que me pasaba; reía y lloraba á la vez; tenia toda la elocuencia de la felicidad.

Desde aquel momento, Blanca, la enfermedad quedó vencida; mi juventud pudo mas que ella y me repuse rápidamente. Cada día un nuevo ramillete de violetas reemplazaba al de la víspera: mi abuela con una delicadeza esquisita, hallaba medio de nombrar al príncipe, naturalmente por cualquier motivo insignificante, como hubiera podido hacerlo un mes antes. A los pocos días pudieron ya llevarme á la sala, sentada en mi butaca:—pasaba esto á principios de abril, con un tiempo delicioso, y todo habia tomado un aire de fiesta para mi primera recepcion. Alfeo me estaba esperando; en vano hice un esfuerzo para hablarle, y lán-

guida, casi desfallecida, le alargué una mano moribunda....

(Se continuará.)

CORRESPONDENCIA.

D. J. M.: *Sevilla*.—El abecedario que solicita, si no del todo igual, será sumamente parecido el que daremos en el patron de Diciembre.

D^a C. M. L.: *Montellano*.—Puede reclamar al Correo cuantos números le falten; pues de nuestra Administración han salido exactamente, y caso que no consiga recuperarlos, con su nuevo aviso les serán enviados.

D. M. J. C.: *Aguilas*.—Queda abonado en la suscripción de V. los meses de Octubre y Noviembre que envió en sellos de Correo. El número de Octubre le fué remitido.

Dibujo para camisa de Señoras irá en Enero: la envoltura para niños de pecho no la daremos por ahora en razon á que en el patron del mes de Junio último se halla dibujada.

Terencio: *Barcelona*.—Se ha remitido el número 145 que solicitaba, no haciéndolo del 144 por haberse agotado: nada tiene V. que satisfacer por él. Las iniciales que desea las hallará en el Patron de Diciembre.

D. J. Y.: *San Roque*.—Le quedan á V. abonados los meses de Diciembre, Enero y Febrero próximos.

D. L. S.: *Albuñol*.—Queda renovada su suscripción desde 1^o de Diciembre á 31 de Marzo próximos.

Solucion del geroglífico anterior.

A la amabilidad de las niñas de Cádiz nada iguala.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1857.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

